

LA DECLINACION DEL ESPIRITU Y DE LA CULTURA

1. - La vida y los goces de los sentidos, así como los bienes que los proporcionan, parecen dominar las preocupaciones y esfuerzos de los hombres y de los pueblos. El ideal de un número creciente de hombres se estrecha cada vez más casi exclusivamente en el ámbito del bienestar material y, lo que es más grave, logrado a cualquier precio y sin cortapisas morales. La economía y la técnica son las metas por las que trabaja casi exclusivamente la investigación científica y la trasmisión de los conocimientos. Se trata de acrecentar el conocimiento para procurarse con él una mayor cantidad de bienes materiales cada vez mejor elaborados, para conseguir un mejor nivel de vida y una mayor abundancia de goces. La búsqueda y conocimiento de la verdad por la verdad misma, por el perfeccionamiento y goce que proporciona a la inteligencia y, por ella, a todo el hombre, están reducidos a un círculo relativamente pequeño, en comparación con los enormes esfuerzos y cantidad de hombres dedicados a la investigación de las ciencias aplicadas y de las técnicas. De una manera especial la Filosofía y la Teología puras -aun en ambientes católicos- son consideradas poco menos que inútiles, en contraste con el esplendor y el avance científico y técnico. Pareciera como que el hombre se hubiese enajenado y volcado enteramente al mundo material y a sus aplicaciones y hubiera perdido de vista el rico mundo interior y su propia realidad espiritual con la constelación de sus objetos y bienes trascendentes, que son precisamente los que le confieren su dignidad y grandeza de persona: la verdad, *el bien y la belleza*.

2. - De ahí que decrezca vertiginosamente el interés y el número de quienes se preocupan por la adquisición de los bienes del espíritu: la búsqueda de la verdad, y la contemplación de la belleza en sus múltiples formas naturales y su acrecentamiento humano por la ejecución de las obras de arte. Pero donde más se advierte el descenso y la declinación del espíritu es en lo referente al bien y conducta morales. Son muchos los hombres y pueblos que han perdido en gran manera el sentido ético de la vida y deambulan en un ambiente casi enteramente amoral. Gran parte de la literatura actual -el libro y la revista, el teatro y el cine, la televisión y demás medios de comunicación- se nutre del tema sensual y pornográfico en busca de provocar las pasiones más bajas, sin restricciones morales de ninguna especie. No sólo se practica, sino que en estos medios se exalta la promiscuidad, el amor sin barreras, el adulterio, y las costumbres cada vez más perversas; se hace burla y se ridiculizan las buenas costumbres y se hace alarde de las malas. El erotismo es el gran valor que domina el mundo y la literatura actual, que lo invade y lo penetra todo. Las leyes del pudor y de las buenas costumbres son violadas públicamente con la aquiescencia de las autoridades, so pretexto de respeto a la libertad. Hay naciones donde la homosexualidad y la pornografía han dejado de ser delito y en otras se ha entablado la lucha por proscribir del código penal el uso de los estupefacientes.

La pureza y la castidad, la modestia y el pudor, la sobriedad y la mortificación, el cuidado de la inocencia de los niños y las buenas costumbres de los adolescentes, el respeto a los padres y a los mayores, el cumplimiento de la justicia en sus múltiples formas, la humildad y la sencillez, el trabajo y el deber abnegado y silenciosamente cumplido y otras virtudes y valores morales, no cuentan ya mucho para una gran parte de la humanidad, cuando no son ridiculizados como actitudes retrógradas, aún en los países que se dicen pertenecer a la "civilización y cultura cristianas".

3. - Se ha atrofiado la actividad espiritual, se ha perdido de vista el fin trascendente y divino de la vida humana, y con él se ha perdido la conciencia de la dignidad y grandeza, de las obligaciones y derechos de la persona humana y el orden jerárquico de la vida material y espiritual y, en definitiva, el sentido de la vida humana y cristiana sobre la tierra.

Indudablemente el espíritu -tanto en el ámbito natural humano, como en el sobrenatural cristiano- ha entrado en un eclipse y presenta los alarmantes signos de una real y peligrosa declinación. Con todos los adelantos científicos y técnicos, con el dominio creciente sobre el mundo material, con la abundancia enorme de bienes de producción de consumo y consiguiente elevación del nivel de vida de los pueblos, con la erradicación cada vez más amplia de plagas y enfermedades, con medios cada vez más numerosos y eficaces para el bienestar material; en lo que constituye su vida específica y propia, en aquello que lo constituye persona, en todo lo que atañe al perfeccionamiento de la vida de la inteligencia y de la libertad, en las expresiones superiores de la cultura, como

es el orden moral y jurídico, el arte y el cultivo de las ciencias puras y de la sabiduría humana y cristiana, constituidas por la Filosofía y la Teología, en lo que hace a una verdadera alegría y paz interior, en una palabra, en todo lo que concierne a la vida de su espíritu, el hombre de nuestro tiempo, lejos de progresar, ha declinado y declina vertiginosamente. Indudablemente una espesa niebla obscurece las cimas del espíritu y los grandes valores que hacen a su vida se ocultan a los ojos materializados del hombre actual. Esta declinación del espíritu llega a un abismo, que se inicia en el Renacimiento, con la pérdida del ser trascendente y, en definitiva, del Ser de Dios. El hombre se convierte en centro y meta de su propia actividad y, por un proceso dialéctico, al perder el objeto que nutre y sustenta su vida espiritual desde la trascendencia, se ha ido debilitando y ha distorsionado su propia vida hasta sumirla en la contradicción y aniquilamiento, para vivir puramente de la vida animal de los sentidos, una vida enteramente exterior, vaciada de la interioridad y soledad personal.

4. - De aquí que si nosotros queremos reconquistar el vigor y la vigencia de la vida espiritual con todos sus valores, que constituyen la grandeza y la dignidad del hombre, debemos comenzar por restituir y centrar la vida de éste sobre aquellos fines y bienes objetivos que la sustentan y dan sentido y que, en última instancia, se fundan en el Fin o Bien de Dios.

Tal la misión, dura, difícil y además larga y casi siempre incomprendida, de la Filosofía y de la Teología: establecer el orden jerárquico de los distintos sectores de la actividad humana a la luz del orden jerárquico de los valores respectivos que los determinan; y para ello comenzar por aquello que es lo primero y fundamental en esta empresa de rehabilitación del espíritu y del hombre: esclarecer de nuevo y colocar en la cima el Fin supremo y divino del hombre, desde el cual se organizan, cobran cabal sentido y jerárquica ubicación aquellos valores, que a su vez, logran esclarecer el sendero de perfeccionamiento de la vida humana.

Pero para reconquistar y colocar en la cima de la vida humana el Fin trascendente de la Bondad y Verdad divinas, para desde él develar las normas morales de la conducta, es menester comenzar por restablecer el valor de la inteligencia, fundamentar y afirmar con decisión su capacidad de aprehender el ser o verdad transubjetivos, como el instrumento indispensable para el esclarecimiento del orden ontológico en general y, dentro de éste, del orden humano en especial, del ser y del deber-ser, que se proyectan en el plano intelectual como el sendero objetivo trazado para ser recorrido por la actividad humana en busca de su desarrollo y plenitud en diversas direcciones de la técnica, del arte, de la moral, de la ciencia, de la Filosofía, de la Teología, y de la Religión, jerárquicamente ordenadas en busca de una plenitud integral humana.

A la luz de esta verdad del ser y fin trascendente de la vida espiritual humana, en cuya cima se coloca el Fin divino, como Verdad, Bondad y Belleza, que a la vez son las metas del *humanismo* o perfeccionamiento humano, es menester estimular los esfuerzos del hombre para organizar y acrecentar su vida espiritual, humana y cristiana, como preparación para la consecución de la plenitud de esa misma vida con la posesión eterna de aquel Fin divino.

Tal obra de perfeccionamiento humano en el tiempo se realiza mediante una asimilación constante de los bienes del espíritu: de la verdad, del bien moral y de la belleza, con el cultivo de la ciencia, la vida y conducta ajustadas a las exigencias del bien moral y con el desarrollo de una auténtica cultura o humanismo, que comprende el desarrollo de todo el hombre, y del mundo en relación a él, en una unidad jerárquica que culmina en el perfeccionamiento de la vida espiritual.

Con la reconquista del valor de la inteligencia y, mediante él, del valor de la vida del hombre sobre la tierra, a la luz de su Fin divino y eterno -y también sobrenatural, en la presente providencia cristiana- los distintos bienes logran precisar sus notas esenciales y su preciso alcance y ubicación dentro de un orden jerárquico integrado y, con ello, también consiguen hacerlo los distintos sectores de la vida humana, especificados por aquéllos. En una palabra, desde el Fin supremo del hombre se establece así el orden jerárquico, tanto de los bienes y valores objetivos, como de los distintos planos de la vida *humana subjetiva*, especificados por aquéllos.

En esta develación intelectual del orden del ser objetivo y de la *actividad humana subjetiva*, nada es destruido ni negado, sino debidamente ubicado. En lo que hace a la actividad humana cada sector es colocado dentro de su propio fin inmediato y, a su vez, cada uno de ellos dentro de un orden o perfección humana total.

Con la conquista de los bienes y actividades del espíritu, los bienes y actividades materiales, lejos de ser negados o disminuidos, logran su cabal sentido y ubicación dentro del bien total del hombre, y se comprende así mejor el ámbito de su desarrollo, que no puede ser violado sin desmedro de aquel bien humano, pero que tampoco

puede invadir o impedir la órbita de los bienes y actividades del espíritu. Así la técnica y la economía, los bienes materiales y los goces de los sentidos, son en sí mismo buenos, pero no son el último fin del hombre, sino solamente medios, que, como tales, deben subordinarse a los bienes y actividad espirituales y, en definitiva, al fin supremo del hombre. En su desarrollo, como medios que son, no pueden impedir ni disminuir la actividad superior, pero pueden y deben ayudar a ésta.

Se trata, en síntesis, de restablecer *el humanismo o cultura -y el humanismo cristiano*, en nuestro caso- el *sentido humanista* de los diversos aspectos de la vida, materiales y espirituales, que los ubica en su debido lugar dentro de un orden integral humano. Se trata del "nuevo humanismo", al que se ha referido Paulo VI, en la Encíclica *Populorum Progressio*, dentro de la cual ha señalado el orden jerárquico de los bienes o "metas" que lo constituyen.

En esta época materialista y edonista, en que el orden espiritual se ha debilitado y obscurecido, y en que un irracionalismo ha conducido a la humanidad al desconocimiento de los fines y valores trascendentes que dan sentido a la vida humana y al consiguiente desorden y caos, es menester redoblar los esfuerzos para reconquistar el instrumento indispensable de la inteligencia y de su valor trascendente, para trazar el sendero que ha de recorrer de nuevo la humanidad para elevarse y desarrollar su auténtica vida humana y cristiana. Desde ese cielo empíreo reconquistado de la verdad, será posible conducir a los hombres por el camino de su genuina grandeza. Es la primera condición para una auténtica reconquista del espíritu y de sus valores.

Filósofos y teólogos, apóstoles y hombres de bien, cada uno desde su posición, han de trabajar unidos por reconquistar de nuevo esta constelación espiritual de bienes y actividades y por encaminar a los hombres y a los pueblos por ese camino arduo y difícil redescubierto.

Esta tarea será larga y penosa, no dará un triunfo inmediato ni espectacular, pero realizada con abnegación y esfuerzo dará al final los frutos anhelados. La historia de otras épocas nos ilustran sobre el particular. Análoga a la nuestra, materialista y edonista, fue la época que encontraron los Apóstoles cuando comenzaron a predicar el Evangelio. Sin revoluciones ni violencias, con su predicación de la verdad y el ejemplo de su vida y la exhortación al cumplimiento de las normas evangélicas, lograron cambiar el mundo materializado y pagano en un mundo espiritual y cristiano. Pero lo lograron ellos y sus sucesores, a través de un trabajo de siglos, con un esfuerzo constante y sin desmayo. Así cambiaron la mentalidad y los sentimientos de los hombres y los condujeron al descubrimiento de la vida espiritual y cristiana y a la realización de la vida ajustada a la verdad y a sus exigencias así reimplantada. Porque lo fácil es el descenso a la vida de los sentidos, lo difícil el ascenso a la vida espiritual y cristiana.

Pese a las enormes dificultades que esta reconquista del mundo espiritual, tanto en su faz teórico o de relación de la verdad como en su faz práctica o realización del bien, el triunfo del espíritu sobrevendrá si trabajamos en esta doble tarea *de esclarecimiento de la verdad y de ejemplo y predicación vivida*. Porque en todos los hombres, así estén sumergidos en la vida material más abyecta, anida una *chispa de Dios* que es el espíritu, y que sólo está esperando la insuflación de otro espíritu que la suscite con la verdad y la encienda con el *bien* y el *amor*. Y no olvidemos que, cuando de la verdad y del bien sobrenatural cristianos se trata, a través del trabajo de esclarecimiento y de exhortación, de predicación y de ejemplo del apóstol, hay *Alguien* que insufla y mueve de una manera irresistible con la omnipotencia de su acción sobrenatural que es la *gracia*, en la mente y en el corazón de los hombres para transformarlos y hacerlos vivir la vida de *hijos de Dios*.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI